

Núria Clotet
Jordi Fexas

Súmate.
Cuando todos contamos

Prólogo de Albert Sánchez Piñol

La Campana

1.ª edición: octubre del 2014

© Núria Clotet, 2014

© Jordi Fexas, 2014

© Edicions La Campana

Avenir 49, baixos

08021 Barcelona

Tel.: 93 453 16 65

info@lacampanaeditorial.com

www.lacampanaeditorial.com

Diseño de la cubierta: Zink comunicació

ISBN: 978-84-941928-9-0

Depósito legal: B. 22.480 - 2014

Fotocomposició: EdiGestió (Barcelona)

Impreso en Romanyà/Valls. Capellades (Barcelona)

PRÓLOGO DE ALBERT SÁNCHEZ PIÑOL

REFLEJOS EN LA CALLE

De mi pandilla callejera en el Guinardó, cuando era un crío, recuerdo a un chaval que se llamaba «Turdi». Aunque parezca extraño, su nombre original era Jordi. Sus padres, emigrantes de Castellón, castellanoparlantes, lo habían bautizado así. Pero pronunciaban la jota catalana fatal, de modo que el «Jordi» muy pronto devino Chordi, de Chordi pasó a Churdi, y de Churdi a «Turdi». Yo lo conocí en la preadolescencia y ya era un pájaro de cuidado. No se le resistía farola alguna, ni siquiera las protegidas con rejillas metálicas. Cuando fumaba, podía sacar el humo por la oreja derecha. Él juraba que tenía un hueso del cráneo perforado. Nunca descubrí el truco.

Como es habitual entre los críos, nos hicimos «hermanos de sangre» y todo eso. Un día me propuso que cada uno enterrara una caja de latón con sus tesoros. De ese modo, si uno de los dos se moría, el otro podría heredar-

los. Un pacto entre hermanos de sangre es sagrado: recuerdo que llené mi caja con un madelman, un billete de cien pesetas, cosas así, y las enterramos solemnemente en el Parc de les Aigües. La mía al pie de un árbol; la suya en otro rincón del parque. El problema es que unos días después me sentí tentado: ¿qué habría puesto un tipo como el Turdi en su caja? No pude resistirlo y una tarde, furtivo, desenterré su caja. He dicho que el Turdi era un pájaro de cuidado. ¡Y tanto que sí! Su caja solo contenía una nota. «Pero mira que eres burro». Fui corriendo hasta mi hoyo. La caja aún estaba allí, pero en su interior, por supuesto, no estaban ni el madelman ni las cien pesetas ni nada. Solo otra nota: «¡Jojojo! ¡Burro y so burro!». Pero dejemos a Turdi y el Guinardó.

* * *

Si la catalanidad tiene algo de fascinante es, sin duda alguna, su capacidad de supervivencia. La pregunta más oportuna sería: ¿por qué existe? En efecto, ¿cómo es posible que algo parecido a la catalanidad haya sobrevivido a sus derrotas y desastres, a sus múltiples hecatombes? Nos estamos refiriendo a una comunidad de tamaño mediano, situada geográficamente entre dos Estados poderosos, antiguas potencias imperiales, y lo que es peor: dos Estados que durante los últimos tres siglos no han cesado de dirigirla una hostilidad estructural, agresiva, que en no pocas ocasiones incluso ha adoptado la forma del terrorismo militar. Así pues, la pregunta anterior se revela de lo más

pertinente: ¿cómo ha conseguido la catalanidad sobrevivir a una Historia tan damnificadora?

Todo grupo humano que se ve sometido a una gran presión externa tiene ante sí dos grandes estrategias adaptativas. La primera, muy simple, devenir objeto pasivo, hacer dejación de sí mismos. Diluirse. Es, de hecho, la opción preferida por el género humano: en los últimos siglos, el número de identidades culturales finiquitadas iguala o supera al de especies animales extinguidas. La segunda estrategia, la resistencialista, consiste en intentar pervivir blindando la identidad propia, en crear compartimentos estancos a los que el recién llegado jamás podrá acceder.

Cataluña nunca fue un reducto; siempre ha sido un concurrido pasillo mediterráneo por el que históricamente han circulado gentes de todos los orígenes y procedencias. La emigración de los años sesenta, de hecho, no es más que la penúltima oleada humana que abordó sus latitudes. Y digámoslo de una vez: la emigración forzada es una de las violencias estructurales más graves que puede sufrir un ser humano. Nadie abandona el sitio que le vio nacer, y crecer, de buen grado. Al que emigra se le aparece ante sí un viaje impuesto y quizás traumático, por desarraigante. Y con un añadido perverso: que el desplazamiento mismo de multitudes puede generar desavenencias y conflictos entre los que están y los que llegan. El encuentro fácilmente puede acabar en desencuentro.

Y aquí es donde se revela la especificidad catalana. Ante la disyuntiva de desvanecerse o fortificarse, la catalanidad

opta por una vía sociológica imprevista, originalísima, generosa y genial: transmutar al presunto enemigo en amigo efectivo; abrirle los goznes culturales para que se incorpore a sus filas, y así nutra y vigorice la catalanidad. Históricamente ha habido grupos humanos que se han definido por los ancestros, la raza, las leyes. Los catalanes no. ¿Quién puede ser catalán? Quien quiera serlo. ¿Puede imaginarse un requisito menos exigente? Nos referimos a un proceso socializador horizontal, recíproco y silencioso, que se ha llevado a cabo a través de millones de relaciones personales anónimas. Un fenómeno, desde luego, eminentemente popular, democrático en la medida que los individuos se relacionan entre ellos como iguales, y no ponen límites a esa relación. Se casan. Tienen descendencia. El listín telefónico es inimpugnable: este país está lleno de Sánchez Piñol.

Tampoco es necesario que idealicemos: no hay procesos immaculados, y menos una mezcla de tal magnitud. De un modo u otro son inevitables las fricciones, las desconfianzas, la renegociación continua de la concordia. Y sin embargo, la pregunta más lúcida sería: ¿nos hallamos ante una sociedad compacta y en paz? La respuesta, sin duda alguna, es que vivimos un éxito colectivo del que podemos estar legítimamente orgullosos. Quisiera recordar que Cataluña no es el único pasillo geográfico del Mediterráneo. En la orilla oriental hay otro, paralelo al nuestro, también históricamente concurrido, también circuito y depósito de mil migraciones. Llámenlo Palestina, llámenlo Israel. Tanto da. En definitiva es un sitio donde *shalom*

y *shalam* no han fiado sus relaciones a la mezclanza, sino a los bombardeos. ¿Y quién querría vivir en un sitio así? A Cataluña no la han creado las esencias, sino los estratos.

* * *

He aquí la sociedad que vio nacer a Súmate. Una asociación a la que, como proclama en su declaración de principios, le interesa «mucho menos el origen de la gente que su destino». Permítanme que me autohalague: desde el primer día vaticiné que Súmate haría historia, que sería una pieza indispensable en el proceso catalán. Había un indicio que así lo indicaba, y muy nítidamente: la magnitud de los insultos con que fue recibida por la prensa española. ¡Incluso la de izquierdas! Lo más amable que han tenido que oír los socios de Súmate es que se los califique de «charnegos agradecidos». ¡Qué paradoja! Lo que obvia el vilipendiador, lo que no quiere o no puede entender, es que en Cataluña todos, o casi todos, somos charnegos.

Pero volvamos con Turdi. Le perdí la pista, y no nos encontramos hasta muchos años después. Fue en un concurso de *castellers*. Yo como espectador, él como participante. Me contó que vivía en pareja, con una chica portuguesa, y que tenían una niña de tres años. Llevaba gafas. Yo también. Ya no parecía un gamberro. Yo tampoco. (Después de todo, ¿quién en el Guinardó no ha tenido un pasado un poco gamberro?). Pero lo auténticamente significativo de nuestro reencuentro fue el sentimiento que experimenté. La alegría que me invadió al descubrir,

al constatar, que el viejo Turdi era uno de los que formaban parte de la *pinya* de aquel castell que estaba a punto de erigirse, una *pinya* y un castillo que representan mucho más que hombres, niños y mujeres entrelazando sus brazos, subiendo por las espaldas de unos y otros. Todos hemos experimentado la euforia antropológica, ese júbilo espontáneo y generoso que se abre paso en nuestro interior cuando, de repente, descubrimos que si somos capaces de levantar un castillo, un proyecto, un futuro, incluso un país, solo es gracias a aquel en quien pudimos apoyarnos, y gracias a quienes se apoyaron en nosotros. Ese breve y maravilloso instante en el que se nos revela el valor de ese Otro, que tras haber superado orígenes, distancias y obstáculos, ofrece sus energías a un proyecto común por el hecho de que es común. Y ese es, exactamente, el genio catalán: que la catalanidad, de hecho, no son estos, ni aquellos; la catalanidad es el *castell* mismo.

Porque Turdi, tantos otros como Turdi, podrían vivir al margen de la catalanidad. En este momento histórico por el que pasa Cataluña podrían haberse mantenido neutrales, pasivos, o incluso –sometiéndose a las exigencias de un perversísimo poder político que los impele a ello– prestarse a ejercer de herramientas de una fractura social. Y no ha sido así. Por eso, cuando vemos a gente como Turdi en primera línea, sosteniendo unas banderas que no les han sido legadas por sus padres, sino ofrecidas por sus hermanos, nuestra alegría escala un peldaño.

Algunas voces bienintencionadas afirman que Súmate es una proyección de la sociedad catalana. Se equivocan.

Cataluña siempre ha sido una gran fábrica de ciudadaní-
as. Sus industrias producían tornillos; su sociedad, catala-
nes. Un día, todos –nosotros o alguno de nuestros antepa-
sados– fuimos Súmate. Y al mismo tiempo se trata de una
asociación que ha apostado nítidamente por un futuro de
libertad y soberanía. En Súmate, pues, podemos ver nues-
tro pasado y nuestro futuro. Por lo tanto, es exactamente
al revés: Súmate no es un reflejo de Cataluña; Cataluña es
un reflejo de Súmate.

He ahí su grandeza.

ALBERT SÁNCHEZ PIÑOL
Octubre de 2014

PRÓLOGO DE LOS AUTORES

Hace a duras penas un año, las casualidades de la vida nos hicieron tropezar con Eduardo Reyes. Se trata de un personaje expansivo y seductor, que no descansa ni un minuto en su entrega a la causa, y que, a los pocos minutos de conocerlo, nos hizo partícipes de sus sueños y proyectos. La verdad es que escucharlo hablar, de lo que sea, despierta simpatía de por sí.

Aunque uno también está por la labor, la invitación a participar en lo que estaban organizando, de entrada y sin rehusar, pensamos que no iba demasiado con nosotros. Pero en el caso de Eduardo, convicción e insistencia van de la mano. Y de lo que se trataba era precisamente de eso, de manos, de echar una mano o más de una. Sus artes de seducción y proselitismo no conocen límites, y al poco tiempo nos vimos inmersos en la taquicardia de un proyecto de recursos modestos, pero de recorrido meteórico: Súmate.

Si la vanidad inicial nos pudo hacer pensar que estábamos allí para enseñar algo, de inmediato percibimos que

íbamos a aprender mucho y a enseñar poco. Nuestros perfiles personales y nuestra trayectoria no nos permitían aportar «alma» al proyecto. Ayudar en lo que hiciera falta, escuchar y observar era lo más que podíamos suministrar. Éramos, pues, el blanco perfecto, si es que no queríamos estorbar y realmente queríamos ser de utilidad, para convertirnos en los escribas de Súmate. El encargo no se hizo esperar y aceptamos el reto con satisfacción.

Estaba claro que el libro tenía que poder explicar al lector qué era Súmate, cuál había sido su génesis, quiénes lo impulsaron y qué pensaban. Como comienzo, una de las primeras reflexiones que nos hicimos fue que se ha gastado mucha tinta en analizar la casuística política de este proceso, y la demoscopia ha ido reflejando los cambios de posicionamiento que se han ido forjando en la ciudadanía catalana. En cambio, ha sido poca la literatura que se ha generado la que nos haya ayudado a entender los cambios psicológicos y emocionales que de manera individual hemos experimentado cientos de miles o millones de catalanes, que nos haya llevado a cambiar nuestro posicionamiento o simplemente a posicionarnos con respecto del futuro político que deseamos para Cataluña.

Si bien hemos podido seguir los posicionamientos de algunos personajes públicos, lo cierto es que son pocos los testimonios que tenemos de esos catalanes anónimos que se han labrado su propio trayecto político y vital hasta posicionarse a favor de la soberanía de Cataluña o de un referéndum sobre la independencia.

Súmate. Cuando todos contamos, a través de las voces y las historias de vida, hasta hoy anónimas, de unos catalanes que no cambiaron únicamente su manera de ver las cosas, sino que además decidieron actuar, quiere ser también una herramienta que ayude a explicar estos cambios que, como sociedad y a una velocidad acelerada, hemos experimentado estos últimos años. Una mutación que ha traspasado los orígenes, la lengua y la condición social. Que nos ha afectado a todos y que nos ha hecho, hoy más que ayer, un solo pueblo. Diverso y complejo, pero que ha entendido que le ha llegado el momento de escribir y decidir su destino por sí solo.

Los verdaderos autores de este libro son sus voces, sus testimonios. Son ellos quienes, en definitiva, nos construyen este relato. El relato de una Cataluña que se ha puesto en marcha y que sabe dónde quiere ir. Con procedencias distintas, trayectorias diversas, sensibilidades diferentes y acentos varios, los testimonios que nos trazan esta historia nos demuestran que cuando hay un objetivo compartido y se le da valor a aquello que nos une, el éxito no se resiste. Toda una lección para nuestra clase política en un momento como el que vivimos.

Somos conscientes de que hacer la crónica de un proyecto o de una iniciativa que a duras penas cuenta con un año de vida tal vez no sea lo más habitual. Aunque no es menos cierto que vivimos una época atípica. En Cataluña han pasado muchas cosas en muy poco tiempo, y nada ni nadie es inmune a eso. Y construir la historia de *Súmate*, todavía en tránsito, puede que consista en algo más que

en relatar una iniciativa ciudadana. Es, hasta cierto punto, y prescindiendo de los orígenes y la lengua, una manera de reflejar cómo nos sentimos y qué anhelamos buena parte de los catalanes, más allá de lo que se dice o dicen por nosotros.

NÚRIA CLOTET
JORDI FEXAS

Primera Parte

CUANDO LAS RAÍCES SUMAN

CUÁNDO EMPEZÓ TODO

BIBLIOTECA PACO CANDEL, ZONA FRANCA.

7 de noviembre del 2013

Eduardo Reyes: «Buenas tardes a todos y gracias por haber venido a compartir esta presentación de Súmate en la Biblioteca Paco Candel, en colaboración con la Fundación que lleva el mismo nombre y que para nosotros es ya una declaración de intenciones.

Francisco Candel fue un referente de la inmigración de los cincuenta. Escribió *Els altres catalans*, un ensayo sobre la inmigración de aquella época en Cataluña, que aportaba caminos posibles para la integración.

Era un hombre de suburbio que vivió con dificultades sociales, pero luchó para salir adelante y decía que, en el fondo, lo que cuenta es la tierra donde vives y donde vivirán tus hijos. Tenía confianza en una Cataluña cohesionada, con un proyecto colectivo que partía de la diversidad social y creía en Cataluña como un solo pueblo.

Cuando vine a Cataluña con mi familia nos instalamos en Collblanc, y más tarde en la Zona Franca, por eso le tengo un especial cariño a este barrio. Yo empecé a trabajar de niño, a hacer todo tipo de trabajos. No puedo olvidar el que mi madre vendiera sangre suya sin que se enterara nadie de la familia, porque no podía llegar a final de mes para sacar adelante a ocho hijos y a sus padres. Mi padre trabajaba más de doce horas diarias, con el único aliciente de dar de comer a su familia. Yo era pequeño y sin embargo comprendía que tenía que renunciar a tener unos estudios porque todo el dinero que pudiera entrar en mi casa era poco, y los estudios ya vendrían más tarde. Por eso empecé a trabajar con once años. ¡Dios mío, es la edad de mi nieto! Quizás fue por todo eso que cuando tenía diecisiete años juré que sería independiente y trabajaría para mí, que en esta vida nadie iba a decidir por mí.

Cuando Isabel, mi mujer, en las comidas familiares se enzarzaba con sus primos a discutir sobre el tema de la independencia, eso era el nunca acabar. Que si podremos mejorar la educación, que si tendremos más recursos, que es una cuestión de dignidad... A mí no me molestaban esas conversaciones, pero pensaba que eran sueños y especulaciones poco prácticas y que, aunque yo siempre me he sentido catalán, todo eso no iba conmigo, no me interpelaba directamente.

Yo no he sido nunca independentista, sin embargo he entendido siempre que si un pueblo quiere desprenderse de aquellos que lo maltratan tiene el derecho a hacerlo.

Casi la obligación. Una obligación que si ayer eludía, hoy ya me es imposible.

En febrero del 2013 el médico me dio la baja por un accidente laboral que me encerró en casa, con la compañía de un ordenador que me permitió interaccionar en las redes sociales y entablar conversaciones con gente de todos los rincones del mundo.

A través de Twitter contacté con un puñado de gente tan indignada como yo por la situación social que estaba atravesando el país, los desahucios, los recortes, la represión policial, y sobre todo sobre todo, las mentiras y los miedos que el gobierno quería meter en el cuerpo al ciudadano con eso de la independencia de Cataluña.

¡Y al fin y al cabo esta es mi tierra! ¡No tengo la menor duda, esta es mi tierra! Cataluña es donde vivo, donde está mi familia, y aunque siempre diré que soy cordobés, porque nací allí, lo que me siento es catalán. Y si percibo que Cataluña, y quien vive en ella, recibe un trato injusto y es menospreciada, no puedo quedarme de brazos cruzados.

Tengo una hija que no sabe cómo salir de la situación económica, unos nietos que no tienen un futuro prometededor, y yo lo tengo aún más crudo: ya no puedo trabajar en lo mío a los sesenta y dos años.

Me preguntaba yo: “¿Habrá que hacer algo, no? ¡Eduardo, estás bien jodido!”. No paraba de resonarme esta frase en mi cabeza. Con sesenta y dos años y después de haber trabajado cincuenta, todo se había complicado como nunca pensé. La empresa empezaba a ir mal, la jubilación de autónomo quedaba lejos y exigua, y todo lo que oía a

mi alrededor, en la calle, en el bar o enchufando la tele, eran miserias y calamidades, para echarse a llorar. Las dificultades y los retos siempre habían formado parte de mi vida. En la Córdoba que dejé de pequeño o en la Cataluña en la que me puse a trabajar a los once años. Siempre había resuelto, como mis padres, las dificultades poniéndole esfuerzo, trabajo y sudores y echando para adelante, pensando en mí y en los míos. Sin detenerme a hacer análisis políticos ni sociales.

Esta vez las cosas me habían cogido casi en el otoño de mi vida. Donde los proyectos y los grandes retos, si uno se los quiere plantear, hay que pensarlos más en los que vienen atrás que no en uno mismo.

Seguro que yo en la vida la había cagado muchas veces y era consciente de que lo que estaba pasando lo sufría también medio país igual que yo. Pero también tenía claro que los millones de parados o los que hurgaban en el contenedor no eran los culpables de su situación. Si muchos estábamos jodidos era porque unos pocos nos estaban jodiendo. Por dentro sentía que esta vez me tenía que levantar, luchar por algo que no acabara en mí y en mi familia. Había llegado el momento de compartir metas y sueños con la gente del país que me acogió cincuenta años atrás.

Y así empezó todo... Cuantas más preguntas me hacía, más clara se me hacía la respuesta: quería un país donde todos estuviéramos contemos, de abajo hacia arriba, un país del pueblo y para el pueblo. Y para ello, hacía falta salir de España. ¡Ahora soy independentista! El gobierno de Mariano Rajoy me ha hecho independentista.

El proyecto de Súmate y la determinación de su gente ha calado tan hondo en mí, que parece adictivo. Por muchas charlas, por muchos kilómetros, por muy cansado que esté, todo me parece poco para Súmate y para su objetivo, que es el mío.

Y lo que me da fuerzas para continuar es pensar en mis padres, que ya no están aquí. Me gustaría que supieran que toda esta lucha es en honor a ellos y a toda aquella gente valiente que sacaron a sus familias adelante con mucho sacrificio. A esa generación que tuvo el coraje de dejar su casa y arrastrar a sus familias en busca de un lugar mejor con el fin de darles una vida más digna. Ahora somos nosotros quienes queremos construir un nuevo país. Una nueva Cataluña que quizás, sin saberlo, ya la empezaron ellos».

Eduardo Reyes pronunció este discurso el 7 de noviembre del 2013. Fue en uno de los primeros actos que organizó Súmate, unas pocas semanas después de su presentación pública en Bellvitge, L'Hospitalet. En aquel caso el barrio escogido tenía su simbología y su significación. En este caso, hacerlo en el barrio donde vivió Paco Candel tampoco era neutro.

Eduardo Reyes: «Yo fui bautizado en la mezquita de Córdoba en 1951 y aún recuerdo el patio de los naranjos donde iba a jugar. En 1960, mis padres decidieron sacar a su familia de Andalucía, donde no existían posibilidades de prosperar. Yo no entendía por qué nos íbamos, pero me